

## ¿Por qué el occidente?

Gale Stokes

Este País  
Enero 2002  
Número 130

NO HAY MUCHOS HISTORIADORES que titularían un libro "The Fates of Human Societies". Y ciertamente Jared Diamond, el autor de *Guns, Germs, and Steel* (Armas, gérmenes y acero), el ambicioso libro que lleva dicho subtítulo, no es un historiador sino un biólogo evolucionista. No obstante, en los últimos años, numerosos historiadores se le han adherido, al publicar estudios que ambicionan abarcar una escala macrohistórica. Muchos de estos trabajos se dedican a examinar variantes del tema que primero inspiró a Diamond para escribir un libro que adquirió tanta popularidad. Mientras este último hacía trabajo de campo en Nueva Guinea, un informante nativo le preguntó: "¿Por qué ustedes los blancos adquirieron tanto cargamento y lo trajeron a Nueva Guinea mientras que nosotros los negros teníamos poco que fuera nuestro?" Diamond sabe que, desde un punto de vista genético, los humanos han sido esencialmente iguales por decenas de miles de años, y su trabajo de campo en ese lugar lo convenció de que los pueblos de la región eran en promedio más inteligentes que los de Occidente; de modo que el asunto le pareció misterioso y a la vez digno de investigación. Y así les ha parecido a otros muchos también.

La cuestión que ha mantenido atareados a los macrohistoriadores de la generación pasada puede formularse de un modo bastante sucinto: ¿por qué Europa? ¿Por qué motivo una periferia relativamente pequeña, atrasada y situada en los márgenes del continente eu-roasiático irrumpió en el siglo XVI en el escenario mundial, y en el siglo XIX llegó a ser la fuerza dominante en casi todos los confines de la Tierra? Hasta una época bastante reciente, han predominado dos respuestas. La primera es que algo único en el pasado europeo estuvo en la base de su desarrollo y poder económico subsiguientes. Este algo único se considera a menudo como un bien universal, como lo serían la razón, la libertad o el individualismo, que se desarrollaron primero en Europa pero que finalmente conciernen, o deberían concernir, a todos los seres humanos. De esta escuela, el estudio reciente y más conocido es *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor* (Norton), escrito por el ahora mérito historiador de Harvard David S. Landes.

La segunda respuesta es que no había nada particularmente especial en Europa hasta 1500 por lo menos, y probablemente no hasta 1800. Según este punto de vista, la ascensión de Europa al predominio se debió no a ninguna virtud excepcional, sino a su habilidad para apoderarse de inmensas cantidades de oro y plata en el Nuevo Mundo y de crear otras formas de riqueza por medio del mercado colonial. Los defensores de esta idea se inclinan a considerar que los últimos mil años estuvieron bajo el dominio de las culturas y economías asiáticas principalmente, en especial de China, con una intrusión relativamente breve y probablemente transitoria del poder europeo en el último cuarto del milenio. El estudio sintético más afortunado de esta corriente es *ReOrient: Global Economy in the Asian Age* (California) por el teórico del sistema mundial André Gunder Frank.

Ambos planteamientos propenden a la polémica. Por ejemplo, Landes llama a la crítica académica que resalta la unicidad europea "antiintelectual simplemente, además de opuesta a los hechos". Frank cree que su análisis "tira del tapete histórico que subyace al eurocentrismo antihistórico y científico, ideológico en realidad, de Marx, Weber, Toynbee, Polanyi, Braudel, Wallerstein y la mayoría de los demás teóricos sociales contemporáneos". Sin embargo, en tiempos recientes ha empezado a surgir una manera de abordar las cuestiones macrohistóricas: el enfoque histórico universal. Los historiadores universales se inclinan a considerar que en los últimos mil años, y tal vez incluso en un periodo más

largo, ha habido una serie de interacciones y choques en los que la humanidad como un todo participó en una inmensa aventura de desarrollo, cuyas fuentes fueron diversas y cuyo impacto fue mundial.

Estos historiadores tienden a concentrarse en los encuentros y en las comparaciones, más que en la hegemonía y el predominio.

Uno se acerca a estos problemas con un azoramiento considerable. La baja estimación en que han tenido los historiadores profesionales a figuras como Oswald Spengler y Arnold Toynbee proviene en parte de la convicción de que no fundamentaron apropiadamente su trabajo en una minuciosa investigación en archivos. Pero la macrohistoria no tiene que sacrificar rigor. William H. McNeill, uno de los dos macrohistoriadores admirados por todo el mundo -el otro es Fernand Braudel- señala que la cuestión fundamental no es el alcance de una investigación, sino la habilidad del historiador para elegir las preguntas y la integridad que él o ella dan a la tarea.

Sin justificación alguna, el exuberante estudio de David Landes atribuye el progreso económico y social del mundo de los últimos mil años a la "civilización occidental y su diseminación". Según cree, la razón de ello es que los europeos inventaron el desarrollo económico sistemático. Landes añade que los tres aspectos únicos de la cultura europea fueron los ingredientes decisivos en el crecimiento económico de Europa. En primer término, la ciencia se desarrolló como un método autónomo de investigación intelectual que se liberó de los constreñimientos sociales de la religión organizada y de las coacciones políticas de la autoridad centralizada. Pese a que Europa carecía de un centro político, sus eruditos se beneficiaron con el uso de un único vehículo de comunicación: el latín. Esta lengua común facilitó un discurso antagónico en el que las nuevas ideas acerca del mundo físico podían ser contrastadas, demostradas y en consecuencia aceptadas por todo el continente y, con el tiempo, por todo el mundo. En segundo lugar, Landes abraza una forma generalizada de la tesis de Max Weber, según la cual los valores del trabajo, la iniciativa y la inversión fueron decisivos para Europa. A pesar del hincapié que hace en la ciencia, Landes no resalta la idea de la racionalidad como tal. Desde su punto de vista, "lo que cuenta es el trabajo, el ahorro, la honestidad, la paciencia, [y] la tenacidad". El único camino hacia el éxito económico para los individuos o los Estados es trabajar intensamente, gastar menos de lo que uno gana e invertir el resto en la capacidad productiva. Esta es su explicación fundamental del problema, que propone en el subtítulo de su libro "Why Some Are So Rich and Some So Poor". Por razones históricas, que los europeos hayan tendido a acentuar la propiedad privada, la experiencia del pluralismo político, el clima templado y el estilo urbano, se derivó en conjunto de aquellas prácticas y en consecuencia han prosperado.

En tercer lugar, y quizá éste sea el punto más importante, los europeos tenían la capacidad de aprender. "Aprendían con bastante voracidad", como dijo Joel Mokyr en una reseña del libro de Landes. Aunque los europeos poseían tecnologías autóctonas que les otorgaban una ventaja, como Landes cree (las gafas, por ejemplo), su ventaja más fundamental fue la capacidad de asimilar el conocimiento de todo el mundo y ponerlo en práctica, como tomar prestado el concepto del cero, el redescubrimiento de la lógica aristotélica gracias a los árabes y la obtención del papel y la pólvora de los chinos a través del mundo musulmán, Landes sostiene que la resistencia sistemática a aprender de otras culturas se convirtió en el obstáculo mayor para los chinos del siglo XVIII y continúa siendo la desventaja más importante de los países árabes de la actualidad.

Si bien su análisis de la expansión europea es casi inexistente, Landes no considera que los europeos produjeran civilización por caridad en favor de un mundo sumido en la ignorancia, sino que más bien este autor confía en su propia ley del sentido común: "Cuando un grupo es lo suficientemente fuerte como para importunar a otro y está dispuesto a ganar, lo hará." En contraste con la nueva escuela de historiadores universales, Landes cree que ciertos valores culturales específicos hicieron posible que se dieran avances tecnológicos, los cuales animaron a su vez a algunos europeos lo suficientemente como para ejercer su dominio sobre pueblos de otras partes del mundo, y debido a ello procedieron con gran perversidad y crueldad. Al ocuparse en su victimización en este proceso, afirma Landes, algunos Estados poscoloniales

han dilapidado energía que podrían haber dedicado al trabajo productivo y a la inversión. Si pudiéramos resumir el consejo de Landes a estos Estados en una máxima, ésta podría ser: "Déjense de gimoteos y pónganse a trabajar". Él sostendría que este consejo es particularmente importante, y está ciertamente lleno de esperanza porque la buena fortuna no es permanente. Los beneficios no son seguros, las ganancias del comercio son desiguales y las sociedades son diferentes en lo que respecta a sus reacciones a las señales del mercado. En consecuencia, no sólo hay esperanza para los países en desarrollo, sino que los desarrollados no tienen por qué ser complacientes, puesto que la situación actual los "apremiará con mucha crueldad".

Pese a insinuar una posible decadencia europea, la fuerza de los estudios como el de Landes consiste en la identificación de los rasgos distintivos de la civilización europea que están en la base de su ascenso al poder y, más generalmente, de la creación de la modernidad. Otros historiadores han destacado más aspectos, como la libertad, el individualismo y el cristianismo. En un artículo crítico, el historiador del arte Craig Clunas enumeró algunos de los nexos peor conocidos que se han propuesto entre la cultura occidental y la modernidad, entre los que se cuentan las propensiones a pensar cuantitativamente, a disfrutar la pornografía y a consumir azúcar. Todas estas propuestas dan por sentada la pertinencia de la siguiente pregunta: ¿qué elementos de la civilización condujeron al triunfo de Europa? A partir de este supuesto no hay más que un paso al triunfalismo completo. El libro paradigmático de esta escuela es, por supuesto, *The End of History and the Last Man*, en el que Francis Fukuyama sostiene que después del desplome del nazismo y el comunismo en el siglo XX, el único modelo que quedaba para la organización humana en la era industrial y de las comunicaciones era una combinación de la economía de mercado y un gobierno limitado, plural y democrático.

Este tipo de seguridad provoca un fuego tupido, así como resentimiento y enojo. Los críticos afirman que el indudable predominio de Europa en los siglos XIX y XX fue en esencia menos inevitable de lo que la mayoría ha supuesto y no obedeció ciertamente a ninguna superioridad inherente a Europa. En vez de originarse en experiencias europeas únicas, el dominio de Occidente fue prácticamente accidental, ha sido breve y será efímero. En *The Colonizer's Model of The World*, el ya fallecido James M. Blaut señaló que "el mito del milagro europeo es la doctrina de que el ascenso de Europa fue esencialmente el resultado de fuerzas históricas generadas en el seno de la misma Europa". Blaut reúne una multitud de datos que socavan los argumentos demográficos, climáticos y geográficos en favor de la unicidad europea. El punto fuerte de su tesis es que el éxito de dicho continente se debió principalmente a la buena suerte de estar bien ubicada geográficamente para explotar el oro y la plata de América, y el comercio colonial que tales recursos hicieron posible.

Mientras que Blaut presenta la crítica más sistemática del eurocentrismo, André Gunder Frank ofrece la explicación alternativa más acabada de la trayectoria de la historia contemporánea. Frank no le concede ni una pulgada a Europa, que desde su perspectiva hizo una contribución escasa o nula a su preeminencia en el siglo XIX. La Europa de los albores de la modernidad no estaba "de ninguna manera [más adelantada] que otras regiones del mundo". "Los europeos no hacían nada, menos aún modernizarse por sí mismos." "Los europeos no crearon en ningún sentido el sistema económico mundial mismo, ni desarrollaron el 'capitalismo' mundial." "Los europeos no poseían ninguna ventaja excepcional y menos aún algún tipo de superioridad, ya fuera técnica, racional, organizacional o de espíritu capitalista para ofrecer, difundir o hacer algo más en Asia."

Por el contrario, Frank sostiene que los éxitos europeos fueron el resultado de un sistema económico mundial que ha estado en funcionamiento desde 1400 al menos y probablemente mucho tiempo antes de esa época. Como buen estructuralista, Frank cree que ciertos acontecimientos locales y regionales se desarrollaron dentro del sistema de enlaces del mercado, gracias a los cuales los productos y el dinero se intercambiaron sobre una base mundial, o por lo menos en una escala intercontinental muy amplia. Durante la mayor parte de los últimos mil años, ese sistema se centraba en Asia, especialmente en China que, bajo la dinastía Song (siglos X a XIII), gozó de un crecimiento económico notable. Ja-net Abu-Lughod ha demostrado que cuando este sistema empezó a declinar, como parte de una disminución

mundial de la población en el siglo XIV, ya estaba montado el escenario para que surgiera el sistema propiamente mundial de la era poscolombina. Frank no opina del mismo modo. Puesto que considera que el sistema mundial opera en los ciclos de muy largo plazo a la alza y a la baja, que Nikolai Kondratiev identificó a principios del siglo XX, afirma que Asia comenzó una fase "A" de mejoría económica alrededor de 1400, la cual se prolongó hasta el siglo XVII. Sólo cuando dicho ciclo entró en su fase "B", o de decadencia, fue que un ciclo ascendente de desarrollo en Europa lo rebasó, lo que ocurrió aproximadamente en 1815. En otros términos, para Frank 1500 no es el mojón más determinante de una nueva era, como lo es para muchos otros historiadores, sino que más bien es un momento en el que un sistema mundial se reestructuró, o "se torció", porque los europeos se tropezaron casualmente con el hemisferio occidental.

Al examinar la economía mundial del siglo XVI, Frank identifica tres áreas de producción excedente (India, China y el sudeste asiático) y cuatro regiones con déficit (las Américas, Japón, África y Europa). Para obtener algunos de los excedentes de las zonas anteriores, las Américas y el Japón exportaban metálico; África, esclavos. Europa, que no tenía nada de gran valor para vender, logró triunfar manejando dichas exportaciones. Frank destaca en particular la importancia de la plata, en vista de que el precio de ésta era aproximadamente el doble en China de lo que era en Europa o el Nuevo Mundo, y también porque Europa tenía pocos productos que ofrecer a los sofisticados comerciantes asiáticos: aproximadamente entre un cuarto y un tercio (y acaso más) de la plata producida en el Nuevo Mundo terminó en Asia, especialmente en China. Esto y nada más, sostiene Frank, es lo que proporcionó la base para el desarrollo europeo, ya que dice: "Los europeos se compraron un asiento y luego hasta el vagón entero del tren asiático".

Como lo indica esta formulación, Frank se inclina más incluso hacia la superabundancia que Landes. Según el primero, los asiáticos eran superiores o por lo menos iguales que los europeos en lo que se refiere a cañones, barcos, imprentas, textiles, metalurgia y transportes. Además, cree que las instituciones estatales tenían muy poca o ninguna importancia en el modelamiento del sistema económico mundial. "Aun las Cruzadas no fueron nada más que el esfuerzo de Europa de insertar su economía marginal más eficazmente en la nueva dinámica afroeuroasiática". Y, a diferencia de Landes, Frank concede muy poco lugar a la gente. Para él, la estructura lo es todo. Por ejemplo: "Fue esta fase 'B' de Kondratiev la que generó la revolución industrial (así como las revoluciones políticas norteamericana y francesa)." Frank llama a este enfoque "humanocéntrico". Es decir, en vez de tomar a un grupo relativamente pequeño de seres humanos como su foco de atención, trata de abarcar a la humanidad en su conjunto. Esta idea tiene su mérito. Después de todo, al final de la experiencia humana, la industrialización global se ha llevado tan sólo un instante. Sin embargo, el planteamiento de Frank es profundamente antihumanístico: los ciclos se presentan y las estructuras se desvían, pero los actores humanos no existen en realidad.

Uno de los pocos individuos que mencionan casi todos los autores es Zhen He, un eunuco de la corte china que inició una serie de viajes interoceánicos a principios del siglo XV. Su preciosa flota constaba inicialmente de 317 barcos, de los que los mayores tenían 400 pies de largo (compárese con la Santa María de Colón, que medía 85). La flota, que transportaba a 27 mil hombres, fue la mayor reunida para un solo viaje hasta el siglo XX. Los chinos hicieron siete viajes muy importantes al Océano Índico y llegaron tan lejos como Madagascar. Sin embargo, por motivo de ciertos conflictos políticos internos, el emperador terminó ordenando que las flotas fueran destruidas y llegó al extremo de proscribir los viajes oceánicos y la construcción de barcos que tuvieran más de dos mástiles.

Los autores que parten de una perspectiva europea, hacen hincapié de una manera casi uniforme en la importancia de Zheng He. Asumen la misma explicación general de por qué los europeos, y no los asiáticos, finalmente llegaron a dominar los mares: China era un imperio centralizado y Europa, no. La versión de Jared Diamond de esta erudición convencional tiene un sesgo geográfico. China, observa, es una masa compacta de tierra con un litoral limitado, mientras que Europa posee numerosas penínsulas y grandes islas con extensos litorales. Por consiguiente, cuando los Han del nordeste de China

desarrollaron la agricultura, alrededor de 7500 a.C, lograron por más de dos o tres mil años extender su cultura al sudeste, eliminar cientos de pueblos autóctonos y crear un Estado centralizado de una forma que no era posible en Europa. Si el régimen central de China quería prohibir en ese entonces la construcción de barcos con más de dos mástiles, como sucedió en 1500, podía hacerlo. Europa, en cambio, estaba integrada por reinos que competían entre sí y por protoEstados en los no se podría mantener una prohibición tan generalizada.

Al explicar por qué los europeos y no los chinos llegaron a predominar en el siglo XIX, los historiadores también han indicado las diferencias culturales en gran escala, así como también los factores geográficos y políticos. Los argumentos típicos son que el confucionismo, con su ética de la vida armoniosa, contrasta con el cristianismo, agresivo y monoteísta; que el sentido chino de estar en el centro del mundo se diferencia, por ejemplo, de la conciencia del pueblo portugués de no hallarse siquiera en el centro de Europa y menos aún del mundo, lo que provocó que rivalizara con otros europeos; y que la posición social del comerciante chino era inferior a la del occidental, de modo que los derechos de propiedad estaban insuficientemente protegidos. Estas diferencias culturales se resumen nítidamente en las formas contrastantes en que el emperador de China y el rey de Portugal se autodenominaban. El emperador chino era el "Hijo del Cielo", y en torno suyo giraba el mundo, en tanto que Manuel I, rey de Portugal de 1495 a 1521, se llamaba a sí mismo el "Señor de la Conquista, la Navegación y el Comercio de Etiopía, Asia, Persia e India". Landes adelanta dicho argumento con un fervor típico, repitiendo el estribillo de que China era inmutable. Después de que los Ming prohibieron los viajes de navegación oceánica, escribe: "el Imperio Celestial se echó a ronronear por cientos de años más, impenetrable e imperturbable".

Blaut hace una áspera crítica de los argumentos deterministas tocantes a la pasividad china. Entre otras cosas, señala que si la longitud de los litorales y la política plural son criterios del desarrollo, entonces el sur y el sudeste asiáticos, y no los Estados europeos, debieron haber sido los innovadores, puesto que el litoral indio es largo en comparación con su masa terrestre, y las islas de lo que hoy es Indonesia poseían no sólo un litoral extenso sino también diversidad política.

La respuesta más enérgica al argumento de que los avances chinos se detuvieron con Zheng He proviene de Frank. Basando su análisis en una amplia lectura de la bibliografía académica más reciente, sostiene convincentemente una tesis que los sinólogos conocen desde hace algún tiempo, pero que los expertos en Europa ignoran. Más que permanecer estática en la Ming tardía y en los primeros años de la Qing, la economía china mostró un vigor considerable, lo mismo que el sistema comercial asiático, del que formaba parte. Frank apoya su demostración en el hecho de que la población china creció notablemente en los siglos XVI y XVII, lo que implicó un crecimiento económico concomitante. También impugna la idea de que la tentativa de los chinos de realizar exploraciones y descubrimientos fue todo menos algo racional, a diferencia de la europea. Su conclusión es que si los chinos no botaron enormes flotas de barcos, puede haber sido por razones perfectamente buenas. En virtud de que se habían derribado los bosques cercanos a los ríos y el suministro asequible de madera menguaba, se hizo cada vez menos económico construir grandes barcos. Los comerciantes chinos construyeron entonces embarcaciones más pequeñas y navegaron distancias más cortas con las mismas. Los patrones climáticos motivaban que fuera lucrativo para ellos viajar a centros comerciales accesibles, como el puerto malasio de Melaka, donde podían comerciar con sus homólogos que provenían del Océano Índico. De este modo, los comerciantes podían evitar largos y costosos viajes de ida y vuelta al sur de Asia.

Frank no tiene gran cosa que decir sobre la cultura, pero aquí también China mostró varias características que parecen similares a las de la Europa pre-capitalista. La cultura china fue receptiva al tipo de actividad empresarial que, a la par con los desarrollos tecnológicos, contribuiría a dar origen a la revolución industrial en Occidente. Durante la dinastía Ming, algunos autores escribieron tratados teóricos sobre el mercado y las formas apropiadas de conducirse, los cuales traen a la memoria las virtudes calvinistas de la diligencia, el servicio y la responsabilidad. En 1506, Qiu Jun definió un mercado y afirmó que la actividad mercantil debía encomendarse a los comerciantes evitando la

interferencia del Estado (excepto en el caso del suministro de alimentos). En 1635, Li Jin-de aconsejó a los comerciantes que fueran diligentes, que se cercioraran de que los gastos no excedieran al ingreso, que se fueran a la cama y se levantaran temprano, que evitaran la ostentación y llevaran cuentas minuciosas. Ambos tratados fueron formulados con términos confucianos, pero, como ha señalado el historiador Timothy Brook: el último denotaba que "se daba forma a la filosofía medular del momento para que se aceptara el comercio de una manera que no hubiera sido imaginable antes".

En una época tan temprana como el siglo XIV, las máquinas de hilar cáñamo que se accionaban con rueda hidráulica empezaron a usarse por todo el norte de China, y se inventó un telar potencialmente automático para la producción de seda y ramio (ortiga cuya fibra puede tejerse). Con todo, pese a un comercio floreciente en mercancías de algodón en la dinastía Ming, la tecnología de hilados y tejidos jamás se transfirió a la producción del algodón. Los modelos capitalistas de dirección jamás se difundieron. ¿Por qué no?

De las múltiples explicaciones propuestas, un artículo reciente e intrigante contiene la reflexión de Jack Goldstone de que, como no se contaba con el trabajo femenino, ello impidió el desarrollo de una industria del algodón en China. Muchos eruditos han indicado que hubo una relación entre la buena voluntad europea de hacer uso de sus inventos tecnológicos y las elecciones que hicieron para estructurar sus familias, que supuestamente mostraron una predisposición para el tipo de conducta económicamente racional, adecuada para el capitalismo. Al casarse tardíamente y al tener menos hijos, se decía que los europeos habían actuado racionalmente, limitando la división de la propiedad en pequeñas propiedades de tierra; esta actividad previsora no existía presuntamente en China, donde se acostumbraba el matrimonio a una edad temprana y las familias grandes.

Goldstone señala que las investigaciones recientes de los patrones familiares chinos han puesto en tela de juicio esta apreciación. Propone en vez de la misma que hubo un factor decisivo estrechamente relacionado, a saber, las diferencias en las trayectorias de vida de las mujeres. En Occidente, era típico que las mujeres entre la pubertad y el matrimonio devengaran salarios. Consideradas como individuos podían trabajar por un salario, ya como sirvientas o más adelante como obreras de una fábrica, bajo la supervisión de un adulto que no tenía vínculos con su familia. La paga era mezquina, menor que la que un hombre pudiera ganar haciendo lo mismo, pero mientras ganaban ese salario producían más que si se quedaban en su casa. En contraste con las mujeres europeas, las chinas no eran consideradas como individuos, sino como miembros de una familia. La senda de la vida confuciana para las mujeres no las llevaba fuera de la casa familiar hasta el matrimonio; según Goldstone, el sistema las encerraba en "una continuidad familiar que las sustentaba, restringiéndolas a esa vida en su casa". Por consiguiente, afirma, el trabajo barato de mujeres y niños no estaba a disposición de los empresarios chinos del algodón. A diferencia de sus homólogos europeos, dichos empresarios habrían tenido que contratar mano de obra masculina más cara, cuyos productos no habrían sido competitivos con la producción doméstica, mucho más barata, de las mujeres que quedaban confinadas a la familia. En consecuencia, se inclinaron por la decisión económicamente racional de no construir fábricas de hilados y tejidos de algodón.

Al analizar éste y otros problemas, los historiadores se traban en conversaciones que se iniciaron hace más de una generación. Los argumentos a favor de la unicidad europea emanan de la práctica de impartir cursos sobre civilización occidental en las universidades, que datan por lo menos de la década de 1920; los argumentos de sus opositores tienen su origen en una práctica marxista de crítica, que se hizo particularmente prominente en los sesenta. Ambos lados se preocupan de temas relacionados con los orígenes y la hegemonía. ¿Por qué surgió Europa del modo en que surgió? ¿Por qué no China (ni tampoco India)? ¿Cuándo se volvió Europa hegemónica en el sistema internacional del capitalismo? ¿Fue hegemónica China durante la mayor parte del último milenio? Preguntas de este tipo constituyeron una parte integral de una manera de pensar que consideraba que Oriente y Occidente eran un tanto opuestos. Pero los practicantes del nuevo campo de la historia universal han empezado a esquivar o a pasar por alto preguntas como éstas para optar por lo que Kenneth Pomeroy llama "comparaciones recíprocas". Dicho enfoque, menos polémico y menos centrado en los orígenes, está a punto de ingresar

en la corriente principal de la profesión histórica estadounidense.

Desde luego

En vez de intentar responder a las preguntas "¿Por qué Europa?" y "¿Por qué China no?", Wong busca descubrir en qué se parecen China y Europa, en qué difieren y qué implica ello para nuestra comprensión de ambos mundos. Sostiene que en los siglos XVII y XVIII tanto los chinos como los europeos enfrentaron problemas económicos típicos de sociedades basadas en la producción agrícola.

Respondieron a las inseguridades de la siega, a la limitación material y a los problemas demográficos de maneras que hubieran resultado familiares para Adam Smith, mediante la especialización y la división del trabajo, por ejemplo. Las economías europea y china no eran exactamente iguales, por supuesto. En China, una gran proporción de la producción fue siempre rural, no urbana, mientras que en Europa algo de la producción que se inició en las aldeas y las ciudades emigró al campo en los siglos XVII y XVIII. Pero en general Wong extiende y elabora el argumento, forjado por otros, de que los desarrollos económicos preindustriales de China y Europa tuvieron similitudes importantes. Tanto él como Pomeranz se refieren a dichas semejanzas como si constituyeran un "mundo smithiano". En dicho mundo, el crecimiento económico podría llevarse a cabo, pero primordialmente por medio de lo que el historiador económico inglés E. L. Jones ha llamado estrategias "extensivas", es decir, mediante un incremento de la energía invertida, como lo sería la tierra (la expansión de lo cultivable) o el trabajo (el crecimiento poblacional). Este es el tipo de crecimiento del que habla Frank cuando señala la forma en que la economía china mantuvo su aumento de población en los siglos XVII y XVIII. Pero el crecimiento extensivo, aun cuando se combina con mejoras en la tecnología y las prácticas agrícolas, no implica necesariamente que se desemboque en una revolución industrial. Wong no cree que uno pueda pensar en China y Europa en el año de 1700, por decir algo, y predecir qué iba a suceder.

Lo que realmente pasó, desde su punto de vista, fue algo completamente nuevo: el descubrimiento de cómo extraer energía sistemáticamente del material mineral más que del orgánico. La máquina de vapor convertía el carbón en energía a una velocidad pasmosamente mayor que nunca antes, con lo que se ponía de relieve el crecimiento "intensivo", basado en la eficiencia incrementada, lo cual la tecnología hacía posible. Por estar tan casado con sus explicaciones estructurales, Frank menciona este suceso trascendental sólo de pasada. Landes, pese a que está de acuerdo en que la máquina de vapor fue importante, no concede un lugar central en su análisis a la transformación de la energía que generó. Por su parte, Wong la considera fundamental. Tiene razón cuando afirma que "el mundo de las posibilidades materiales se vio alterado drásticamente entre 1780 y 1880. Ningún siglo anterior fue testigo de cambios semejantes". No obstante, esto no lo lleva a ninguna especulación sobre las ventajas culturales intrínsecas de Occidente. En vez de ello, gracias a un análisis de la formación y función de los Estados, muestra cómo en Europa éstos, con sus clases sociales semiautónomas y su Iglesia independiente, al rivalizar entre sí prepararon una estructura receptiva al desarrollo y el crecimiento.

Esto no significa que el sistema estatal europeo fuera superior al chino. El interés del Estado chino por el bienestar y la educación moral de la gente, especialmente de los pobres, creó políticas sociales que los Estados europeos no pudieron imaginar siquiera hasta una época muy reciente. Wong observa que, desde el 1100 por lo menos, China fue gobernada por una burocracia "de acuerdo con preceptos y regulaciones creados por un proceso de elaboración de políticas que limitaba la acción arbitraria del soberano". Y la habilidad del Estado chino para elevar los impuestos, aunque sirviéndose de principios muy diferentes, habría sido la envidia de cualquier monarca europeo que se hubiera enterado de ello. Que los europeos no estaban al tanto sirve para demostrar el juicio de Wong de que Europa y China se desarrollaron políticamente siguiendo rumbos separados hasta el siglo XIX. A diferencia de Frank, que considera que todo está enlazado de un modo u otro dentro del sistema de intercambio mundial, Wong acepta la autonomía relativa del Estado respecto de las fuerzas económicas, así como el talento de los que llevan los negocios públicos para tomar decisiones con creatividad.

Pomeranz monta una argumentación aún más detallada y completa sobre las economías políticas

europas y chinas anteriores a 1800, mostrando que no difirieron de ciertas formas que hubieran llevado obviamente a una de ellas a la dominación en el siglo XIX, y a la otra a la decadencia; mientras que Wong se concentra en la forma en que las instituciones políticas distintivas de Europa hicieron posible que ésta sacara un provecho total del inesperado descubrimiento de la energía. Pomeranz explica de qué forma el sistema comercial atlántico, como parte de un sistema internacional mayor, contribuyó a que los europeos obtuvieran beneficios sustanciales. Afirma que algunas partes tanto de China como de Europa pasaban por un crecimiento smithiano desde el siglo XVI por lo menos. Pero añade que en el siglo XVIII los apremios ecológicos, tales como la escasez de madera y fibra y la disminución de la fertilidad de la tierra, empezaron a poner a ambas economías en el límite. Las prácticas tradicionales del comercio, como las que se habían seguido previamente cuando los europeos intercambiaban plata por seda, porcelana, cobre y oro asiáticos, no podían resolver este problema. La solución consistía en un nuevo tipo de red comercial.

En este proceso la innovación más importante no fue, según Pomeranz, ni la tecnología, ni la expansión de los mercados racionales, sino la combinación de un espíritu empresarial y la coacción, especialmente en el Adámico, aunque no de manera exclusiva. Mientras que el gobierno Qing (1644-1911) no intentó dar protección a los grandes puestos comerciales de Asia oriental, los europeos, en especial los británicos, sí se preocuparon por proteger y extender sus enclaves. Por otra parte, las características especiales de las economías esclavistas, en las que los esclavos manufacturaban productos agrícolas de exportación, aunque no para conseguir para sí su comida y su ropa, permitieron que los británicos evadieran una trampa malthusiana que se avecinaba, pues la tierra asequible no podía mantener a una población en expansión. El sistema inter-: cambiaba esencialmente productos del campo, como el azúcar y el algodón que se cultivaban en el Caribe, por bienes manufacturados producidos en Inglaterra, como las telas, y después por productos de hierro, que necesitaban muy poca tierra.

Pomeranz no es ningún agorero: no sostiene que Europa se habría venido abajo si este intercambio no se hubiera efectuado. Igual que Wong, lo que sí dice es que cuando se realizó el descubrimiento del carbón, sobre todo los británicos estaban en condiciones de sacar de ello el máximo beneficio. Como tal, el descubrimiento, y en eso concuerdan Wong y Pomeranz, fue la consecuencia tanto de la buena suerte geográfica —la proximidad entre los depósitos de carbón inglés y de mineral de hierro-, como de las cualidades químicas del carbón, como de cualquier otra cosa. Pomeranz concluye: "De esta manera, la combinación de inventiva, mercados, coerción y conjeturas globales afortunadas produjeron una penetración en el mundo atlántico, mientras que la más antigua propagación de los mercados que funcionaban quizá mejor en Asia oriental llevó más bien a un atolladero ecológico".

Es evidente que Pomeranz critica a los que resaltan la unicidad europea. No niega que en algunos campos, como el de los instrumentos científicos, los europeos habían conseguido una pequeña ventaja en el siglo XVIII. Pero demuestra persuasivamente que el gran descubrimiento no fue primordialmente consecuencia de los acontecimientos internos europeos, como afirma Landes.

Wong y Pomeranz están de acuerdo en que la revolución del carbón constituyó el momento definitorio del mundo contemporáneo. Antes de dicho momento, según piensa Wong, Europa y China se venían desarrollando de maneras smithianas análogas y con bastante independencia, si bien ninguna parte del continente euroasiático se enfilaba necesariamente hacia la delantera industrial. Pomeranz, por su parte, mantiene que los rasgos distintivos del sistema adámico contribuyeron a que los británicos pudieran hacer frente a la presión malthusiana.

No obstante, lo que ninguno de ellos explora, y algo a lo que ni siquiera logra aproximarse un historiador como Frank, es el efecto último que tuvo la dominación europea, causada por el descubrimiento del carbón. Los planteamientos como el de Landes, aunque son unilaterales, tienen su mérito. Al tratar de definir la unicidad de la experiencia europea, muestran implícitamente que Europa ha legado cosas importantes al mundo actual. Es difícil ver cómo es posible decir que los difundidos valores contemporáneos, como la equidad (base de todas luchas en favor de los derechos humanos) y la



soberanía popular (fundamento de por lo menos la estructura formal de la mayoría de los Estados en el mundo contemporáneo), se hayan originado en las tradiciones asiáticas y europeas por igual. No son los ideales de un mundo smithiano preindustrial, aun cuando ahí puedan encontrarse sus raíces.

Todos admiten que en pocos siglos los europeos irrumpieron violentamente en el mundo. Wong y Pomeranz muestran cuan tardíos fueron los momentos clave de este proceso y cuan inesperado fue realmente el descubrimiento del carbón. Pero no nos dicen qué pasó después: cómo es que esa súbita incursión europea en un mundo smithiano creó una situación global enteramente nueva, y cuáles son los aspectos más significativos de dicha situación. Tal es el siguiente paso que los historiadores universales tienen que dar. Han aportado poderosos argumentos que llevan el "milagro europeo" hasta 1800, aproximadamente. Queda por ver de qué manera habrán de valorar el significado de la dominación europea que, y en esto todos están de acuerdo, finalmente ocurrió.

Traducción: Marta Donís.

El autor es profesor de historia de la cátedra Mary Gibbs Jones y decano de humanidades en la Universidad Rice.

Artículo aparecido originalmente en la revista *Lingua Franca*, vol. 11, número 8, noviembre de 2001. Se publica en Este País con el permiso de esta publicación.